

ron como una terrible acusación en mis oídos. Toda mi tranquilidad desapareció de pronto... «y si dejáis algo por confesar habréis cometido un gran pecado...» Me ví entonces tan despreciable pecador que no había castigo suficiente para mí. Largo tiempo me pasé revolviéndome de un lado á otro en la cama, reflexionando sobre mi situación y aguardando de un momento á otro el castigo de Dios y aún la muerte súbita, lo cual me causaba un espanto indecible. Pero en aquel mismo punto vínome una idea luminosa; apenas se hiciese de día, á pie ó en coche, me dirigiría al convento, pediría al propio confesor y me confesaría de nuevo... Esta idea me dejó enteramente tranquilo, y me dormí.



VII

La ida al convento

DURANTE la noche me desperté varias veces con el temor de que se me pasase la hora, y no eran las seis de la mañana que yo estaba ya de pie. Por las rendijas de la ventana penetraban apenas las primeras luces del alba. Me vestí sin cepillar la ropa y me calcé las botas llenas de barro, pues Nikolai no había aun tenido tiempo de hacer la limpieza de todos los días, y sin rezar siquiera mis plegarias de la mañana y aún sin lavarme, por la primera vez en mi vida, salí solo á la calle.

Enfrente, por encima de los techos de la gran casa señorial, la fría aurora pintaba de color de rosa el brumoso cielo. Una fuerte helada, cómo de mañana muy fría de primavera, endurecía el lodo de la calle, los arroyuelos crugían bajo mis pisadas y el aire heladísimo me picaba el rostro y las manos. No hallé en toda nuestra calle ni un cochero, y yo había pensado tomar un coche para estar más pronto de vuelta; tan sólo se veía alguna que otra carreta, y dos obreros albañiles pasaban casi corriendo



por la acera. Cuando hube andado ya un buen trecho, empecé á encontrar hombres y mujeres que se dirigían al mercado con grandes cestos ó que iban á llenar sendos cubos en la fuente próxima. En una callejuela abría un pastelero las puertas de su tienda, y hasta algo más lejos no hallé por fin un cochero; era un viejecito que estaba medio dormido en su carruaje, azul y muy desvencijado. A mis preguntas, contestó el cochero, quizás dormido aun, que por ida y vuelta me llevaría veinte *kopeks*; pero de pronto se dió una palmada en la frente y volviéndose atrás de lo dicho, cuando yo iba á poner el pie en el estribo del carruaje, arreó con el extremo de las riendas al caballo, y éste empezó á trotar mientras el cochero decía: «Imposible, imposible, señor! Ahora me acuerdo de que he de dar de comèr al caballo».

Le exhorté á grandes voces para que se detuviese y le ofrecí por el viaje cuarenta *kopeks*. Entonces detuvo al caballo, me consideró atentamente largo rato, y me dijo: «Sube, señor!» Confieso francamente que sentí el temor de que me llevase aquel hombre á algún callejón desierto para robarme. Cogíendome á su blusa medio rota, con lo cual puse al desnudo su cuello arrugado emergiendo de unos hombros asaz encorvados, dí un salto y me senté en el desvencijado coche, el cual se puso inmediatamente en marcha y partimos para Vozdgenka. Por el camino observé que el asiento del coche estaba arreglado con un pedazo de la misma tela de que estaba hecha la blusa del cochero, y esto me tranquilizó un poco, no temiendo ya que aquel hombre me pudiese llevar á alguna calle oscura y solitaria para robarme.

Cuando llegamos al convento, el sol, ya bastante alto, doraba alegremente las cúpulas de las iglesias. En los sitios sombreados, veíase todavía nieve helada, pero á los lados de la carretera corrían rápidos los arroyuelos llevando un agua sucia, y el caballo trotaba por el líquido y fastidioso barro. Una vez hube franqueado la cerca del convento, pregunté al primero con quien topé dónde encontraría al confesor que andaba buscando.

—Aquella es su celda,—me dijo el monje, deteniéndose un momento y enseñándome con la mano extendida una casita que se veía al final de un gran patio.

—Os doy muchísimas gracias,—le dije.

Qué pensarían de mí los monjes que salían entonces de la iglesia y que todos, uno después de otro, me fueron mirando detenidamente? Yo no era ni un hombre ni un niño; no me había lavado la cara, mis cabellos estaban despeinados y mi traje no muy limpio, sin contar que mis botas estaban llenas de barro. «Estos monjes

que me miran, quién creerán que soy? En cuál de las clases de la sociedad me colocarán?» Y mientras ellos seguían mirándome con atención, yo seguía, no obstante, andando hacia donde me había indicado el monje.

Un anciano pequeñito, todo vestido de negro, con espesas cejas blanquísimas, me salió al paso en el estrecho sendero que conducía á las celdas, y me preguntó inopinadamente:

—Qué queréis?

Estuve por decirle: «Nada!» Después pensé que lo mejor sería correr en busca del cochero y volverme á casa; pero, aunque tenía muy fruncidas las cejas, el rostro del viejo acabó por inspirarme confianza, y le dije que iba en busca de *tal* confesor y que iba ya guiado á su celda.

—Vamos, señor, yo mismo os conduciré á ella,—dijo mirándome y adivinando indudablemente mi situación de espíritu—es aquí; ahora está en maitines el hermano, pero vendrá enseguida.—Abrió la puerta, atravesamos un corredor muy limpio y una antecámara con alfombra de tela también limpiísima, y penetramos por fin en la celda del confesor.

—Aguardad aquí un momento,—me dijo el anciano con expresión tranquilizadora, y salió.

La pequeña estancia en que me hallaba estaba muy limpia y puesto todo con visible gran cuidado. Todo su mobiliario consistía en una mesita cubierta de hule y colocada entre dos pequeñas ventanas en cuyo alféizar había dos hermosos tiestos de geranios; un pequeño armario ó capillita para los sagrados iconos, ante el cual estaba encendida una lamparilla; un gran sillón y dos únicas sillas.

En un rincón del cuarto estaba colgado en la pared un antiguo cuadrante de péndulo adornado con multitud de flores pintadas y provisto de sendas pesas de cobre suspendidas por cadenas de metal; en una pared medianera, que no llegaba al techo y tras la cual había sin duda la cama, estaban colgadas dos sotanas en grandes clavos.

Las ventanas daban sobre un cercano muro blanco, y en el espacio medianero crecía un pequeño arbusto de lilas. Ningún ruido



de fuera entraba en la celda, de tal modo que en medio de aquel silencio el tic-tac regular y agradable del péndulo parecía un ruido muy fuerte. Apenas me hube quedado solo en tan apacible retiro, se escaparon de mi cabeza todos mis viejos recuerdos y todos mis actuales pensamientos y me quedé sumido en un agradabilísimo y dulce ensueño. La vieja sotana de nankin amarillento, con sus forros rotos, los libros encuadernados con cuero negro, usados y grasientos, con sus cierres de cobre envejecido, las plantas de un verde sombrío, con las hojas brillantes como si las hubiesen lavado, los caminitos del jardín tan cuidadosamente limpios, y sobre todo el tic-tac regular y monótono del péndulo, hablábanme con inmensa claridad de una vida nueva, de una vida de soledad, de rezos, por mí hasta entonces ni sospechada y de una grande apacibilidad y dulzura.

«Los meses y los años pasan, pensaba yo, y siempre solo, siempre tranquilo, sintiendo continuamente que mi conciencia es pura delante de Dios y que escucha mi plegaria». Más de media hora permanecí sentado en la silla esforzándome por no mover ni un músculo del rostro, para no turbar la armonía del medio en que me hallaba, el cual me decía tantas cosas... Y el péndulo continuaba, como un símbolo de la eternidad, su tic-tac incansable, más fuerte hacia la derecha, más débil hacia la izquierda.



VIII

Mi segunda confesión

LOS pasos del confesor me sacaron de esos vagos ensueños. —Buenos días,—dijo alisándose con la mano los grises cabellos.—Qué deseáis?

Le pedí la bendición, y hallé un placer inmenso en besar su pequeña y amarillenta mano.

Cuando le hube explicado el objeto de mi visita, sin decir palabra se acercó á las santas imágenes y empezó inmediatamente la confesión... Cuando hube terminado y, vencida mi vergüenza, hube dicho todo lo que tenía que decir, todo lo que me atormentaba el alma, tomó entre sus manos mi cabeza y con voz baja, pero bien timbrada, dijo estas palabras: «Que la bendición de nuestro celeste Padre te acompañe, hijo mío, y conserve en tí, toda la vida, la fe, la dulzura y la humildad. Amen».

Me sentí enteramente feliz y grandes sollozos de honda dicha querían salirse fuera y me ahogaban; llorando casi besé los pliegues de su sotana y levanté la cabeza. El rostro del monje estaba perfectamente tranquilo.

Sentí la profunda alegría del enternecimiento, y temiendo que algo lo pudiese disipar, me apresuré á despedirme del confesor, y sin mirar á un lado ni á otro, para no distraerme, salí del monasterio y subí otra vez á mi desvencijado coche. Pero los vaivenes del carruaje y la diversidad de objetos que pasaban por delante de

mis ojos fueron disipando estos puros sentimientos míos, y acabé por imaginarme que el confesor estaría ya pensando, sin duda, en que no había hallado jamás un alma tan hermosa como la mía, que no la encontraría tampoco en el porvenir y hasta que no existía siquiera otra parecida.

Estaba de todo esto convencido, y esta convicción me causaba una tal alegría que sentí la necesidad de comunicar mis pensamientos á alguno. Tenía grandes deseos de hablar y como no hallé á mano nadie más con quien hacerlo, al cochero me dirigí.

—Vamos, he tardado mucho?

—Ya lo creo, mucho. Hace rato que el caballo debiera haber comido! Yo soy cochero de *noches*,—dijo el hombre que, ahora, á los rayos del sol, parecía más alegre que antes.

—Pues á mí me parece que no he estado más de un minuto; y sabes tú por qué he ido al monasterio?—añadí sentándome todo lo cerca del cochero que pude.

—Qué me importa á mí eso? Donde el que paga quiere, allá le llevamos.

—Bueno, pero, qué piensas tú de mi visita?

—Tal vez tenéis que enterrar á alguien... y habrás ido para comprar la sepultura.

—Nada de esto, amigo mío, sabes por qué he ido?

—No puedo saberlo, señor,—repitió el buen hombre.

La voz del cochero me fué tan simpática, y por la voz él mismo, que decidí edificarle contándole el objeto de mi visita y hasta el singular sentimiento que experimentaba en aquel punto.

—Quieres que te lo cuente? Pues, verás...

Y se lo conté todo, hasta mis pensamientos más bajos y rastroso... Recordándolo, me avergüenzo todavía de mi confesión con el cochero.

—Todo esto?—hizo el hombre con desconfianza cuando hube concluído.

Y luego permaneció callado largo tiempo, inmóvil, arreglando de vez en cuando los pliegues de su blusa, que dejaba al descubierto uno de sus pies, el cual llevaba fuera del enorme zapatón, pues le bailaba dentro.

Ya empezaba yo á imaginarme que el cochero se hacía de mí la misma opinión que el confesor, esto es, que era mi alma la más pura del mundo y que yo era el más virtuoso de los hombres, cuando súbitamente me dijo:

—Vaya, señor!... Estas son cuestiones de gente rica, que no tienen nada más que hacer.

—Cómo?

—Digo que esto es bueno para los señores... para los señores —repetía el hombre con su boca desdentada.

«No, no me ha comprendido», pensé, y ya no le hablé más hasta llegar á casa.

Ya no experimentaba el mismo sentimiento de profunda ternura y de devoción que me embargaba al salir del monasterio, sino el contento de mí mismo y éste lo conservé durante todo el camino, á pesar de que ya las gentes, bajo el clarísimo sol, hormigueaban por todos lados. Mas apenas llegado á casa, este sentimiento se desvaneció también... No tenía los cuarenta kopeks prometidos al cochero. El mayordomo Gavriilo, á quien ya debía no sé cuanto, no quería prestarme más dinero. Observando el cochero que por dos veces había ya dado la vuelta al patio, sin duda en busca de los cuarenta kopeks, saltó del carruaje y, á pesar de su apariencia bondadosa, gritó en alta voz con la intención evidente de molestarme: «Hay muchachos nobles que no pagan tan sólo al cochero!»

En casa todo el mundo dormía aun, y por lo tanto no podía pedir el dinero á nadie sino á los criados. Finalmente Vasili, por mi palabra de honor la más sagrada, en la cual—lo leí en sus inquietos ojos—no creía poco ni mucho, consintió, quizás por el cariño que me tenía y más que nada por el servicio que le había prestado pidiendo á papá el permiso para casarse con Macha, consintió, digo, en pagar al cochero. Mis sentimientos de há poco disipáronse como débil neblina. Cuando empecé á vestirme para ir con todos los demás al templo para tomar la comunión, y me encontré con que mi traje estaba por varias partes descosido y no me lo podía poner, empecé á cometer los más graves pecados... Poniéndome por fin otro vestido, fuí con los demás á la iglesia; pero en mi espíritu una multitud de encontrados sentimientos chocaban con rapidez vertiginosa... Y empezaba ya á desconfiar de mis excelentes disposiciones de la mañana.

